

Los lavaderos chinos en la Habana del siglo XX: paisajes urbanos, sociabilidades y memoria colectiva

*Mario G. Castillo Santana
Miriam Herrera Jerez*

La perspectiva más habitual a la hora de estudiar las oleadas de inmigrantes en las historias latinoamericanas ha sido la de tomar a estos colectivos humanos como grupos homogéneos, compulsados a hacer un aporte étnico-cultural al mejoramiento/mestizaje de las razas y las culturas nacionales, como muestra máxima de *integración*, sobre todo en aquellas sociedades americanas como Cuba, con fuertes conflictos raciales. Desde la década de los 30 la antropología, la etnología y las historias nacionales, entre otras ciencias sociales, se apropiaron y resignificaron un asunto que en la memoria colectiva popular de los actores que vivieron esa época, aparece bajo una perspectiva más dinámica y multifacética. Tal fenómeno de desencuentro en los contenidos de las memorias históricas se debe en gran medida a que los saberes académicos en América Latina asumieron la función de promover y sostener con su prestigio los imaginarios vinculados al mestizaje, la mezcla de razas y la homogeneización como soporte básico de las unidades nacionales, en la época de las grandes reformulaciones populistas de los Estados y los patrones culturales de las sociedades.

A partir de aquí las mezclas raciales y los procesos de transculturación en la alimentación, el lenguaje, el vestuario o la creación artística ocuparán la máxima atención investigativa. Temas como, las estrategias de adaptación de los inmigrantes, la relación de estas estrategias con los procesos por los que atraviesan las ciudades, los mercados laborales, las sociabilidades, las instituciones o los imaginarios de las sociedades en que se insertan estas inmigraciones desaparecen de los programas de investigación. En este texto indagaremos en los orígenes de los lavaderos chinos como grupo ocupacional en América y su relación con la formación de la sociedad norteamericana. Nos aproximaremos al proceso dentro del cual se hacen visibles en la sociedad cubana y la lógica de su distribución espacial en la dinámica urbana habanera, así como la trayectoria de cómo fueron percibidos por distintos sectores sociales, sus redes de relaciones y sus formas de sociabilidad, desde la situación existencial que implicó la ocupación de lavadero a mano. Todo ello para poder reactivar, desde las *pequeñas voces*, la memoria histórica de un pueblo constreñido, por los grandes dilemas geopolíticos y poscoloniales del siglo XX, a aplazar

indefinidamente la reflexión colectiva y creadora en torno a cómo vivir una vida cotidiana de manera diferente.

La formación de los EE.UU., la fiebre del oro y los orígenes de las lavanderías chinas en América

El descubrimiento de grandes minas de oro en el oeste norteamericano desencadenó el primer movimiento migratorio masivo desde una sociedad oriental a una occidental. Para 1876 había en California cerca de 110 000 chinos, contabilizando el 25% de los habitantes no nacido en el Estado (Hobsbawm, 1992) Los chinos trajeron consigo un espíritu emprendedor, una capacidad de trabajo, un sofisticado y barato patrón alimentario que lo plasmaron en el *shop suei* (“la exportación cultural mas poderosa del Oriente” Hobsbawm,1992) y sobre todo una nueva sociabilidad, moldeada por una tradición comunal y una notable sofisticación mercantil y dineraria, propia de las provincias del sur de China, que con el colapso social e institucional del Estado Imperial chino se desbordaría allende las costas americanas.

California fue el primer laboratorio social de los emigrantes chinos fuera de Asia, un sitio en el que confluyeron en busca de oro, junto a los chinos, “turcos”, hindúes, indígenas americanos, chilenos, peruanos, mexicanos, europeos de múltiples nacionalidades y norteamericanos del este, con un marcado desequilibrio demográfico entre los géneros y una recia jerarquía racial, donde los chinos ocupaban los escalones más bajos. A pesar de una situación tan subordinada como la que vivieron los chinos en California, desplegaron un exitoso estilo de emprendimiento laboral, que se hizo cada vez más visible y reprochable por las sensibilidades occidentales a medida que se evaporaba la fiebre del oro, comenzaban las grandes inversiones ferrocarrileras, aumentando el flujo demográfico con población proveniente de otras regiones de la unión americana y se hacía más patente la presencia del Estado federal en el área.

En una época de difícil accesibilidad al oeste de Norteamérica y de baja densidad demográfica, los trabajadores chinos fueron un factor clave en la minería y en la expansión de los monopolios ferrocarrileros norteamericanos a través de la construcción de líneas férreas hacia y desde el oeste, pero los chinos abarataron el valor de la fuerza de trabajo hasta límites no aceptables por el resto de las inmigraciones laborales a EE.UU., lo que condujo a duras tensiones enmarcadas en una interpretación del conflicto a partir de la “incompatibilidad de razas”. Así, sólo en 1862 murieron linchados 88 chinos en los Estados del suroeste (G. Renique, 1998) y desde fines de la década del 70 en adelante comenzó a propagarse

en el imaginario social norteamericano el mito de Fu Man Shu, un perverso médico chino, un peligro para la sociedad (occidental) decente...

Todo esto desembocará en las Leyes de Exclusión China de 1882 y a la proliferación, en los campamentos temporales colindantes a la construcción de las líneas del ferrocarril, en el medio oeste, de locales de lavanderías, donde fusionaban trabajo con vivienda, cultura con economía. Frente a la transformación del paisaje laboral y a las tensiones por el acceso a los empleos en el mundo de la frontera oeste, los chinos comenzarán desde fines del siglo XIX a insertarse en las grandes ciudades industriales del noreste. La lavandería china en Norteamérica, es por tanto, producto de una situación de exclusión y de conflictos raciales, constitutivos del proceso de formación de la clase obrera norteamericana.

En medio de este periodo de gran tensión antichina en los EE.UU. se producirá la segunda oleada migratoria china al continente, peculiar y decisiva emigración de chinos adinerados, con una mentalidad cosmopolita pragmática, un producto cultural nacido de la desintegración social del Estado imperial chino y su sistema de valores. Estos nuevos emigrantes, utilizando las redes y las experiencias de la primera emigración, tomarán a EE.UU. desde las costas californianas, como punto de tránsito, diseminándose por las principales ciudades latinoamericanas e impulsando la formación de los barrios chinos del norte mexicano, de Lima, de Panamá y el de La Habana. Esta nueva migración china impulsará, ya no solo en EE.UU., la formación de una red socioeconómica transnacional, donde la lavandería tendrá una notable presencia.

La abolición de la esclavitud y la reorientación de la presencia china en Cuba

Cuba en la década del 80 del siglo XIX está marcada por la abolición de la esclavitud y el proceso de emigración hacia las ciudades de una parte importante de las poblaciones de las plantaciones cañeras y dentro de ellos, de manera notable, los chinos, presentes en la isla desde 1847 con un status jurídico laboral de contratados libres por 8 años, pero semiesclavizados en la práctica. Ellos trasladarán hacia los mercados laborales urbanos su experiencia organizativa en las plantaciones, condensada en la cuadrilla de trabajadores chinos, una fórmula laboral que, siendo funcional con la dinámica laboral cañera, preservó en buena medida la autonomía laboral china, dando lugar a una jerarquía interna personalizada en el ***jefe de cuadrilla*** (D.Helly, 1986), que negocia con su prestigio y capacidad de liderazgo las condiciones de trabajo y de remuneración, condensándose en esa figura un capital político y dinerario básico que, en alianza con los

chinos adinerados provenientes de California y sus prácticas empresariales, en poco tiempo producirán un cambio en la percepción pública de los chinos en los centros urbanos del país.

Si de alguna manera para la década del 80 del siglo XIX “los chinos se echaron a perder”, en el decir de Esteban Montejo (M. Barnet, 2003), podría ser en el sentido de que desde esa época en adelante, los nuevos intereses chinos que se estaban configurando en la isla, “hipnotizarían al público” no ya con “todo tipo de murumacas y figuraciones en las fiestas, en los días grandes de su religión(...)”, propio de los humildes chinos contratados, sino a partir de reorientar, en sentido comercial, la avidez existente en la isla por el exotismo oriental, hacia el consumo de mercancías y servicios chinos.

De la información contenida en los Censos de la Republica de Cuba de 1899 y 1907 y los Directorios Comerciales se pueden inferir los efectos ocupacionales de la transformación que se está produciendo entre los chinos desde fines del siglo XIX. En el contexto de una tendencia demográfica a la baja entre los chinos en la isla, de 8033 jornaleros existentes en 1899 se reducirán a 4729 en 1907; de 2154 criados chinos en 1899 permanecerán en ese empleo 1664 para 1907; entre los tabaqueros en el periodo señalado descenderán de 361 a 87 (M. Herrera; M. Castillo, 2003) En contraste con estas ocupaciones, propias de la etapa de los contratos onerosos, crecerán nuevas ocupaciones entre los chinos como carboneros, jardineros, verduleros y particularmente las de vendedores ambulantes, comerciantes importadores, dependientes y lavanderos.

Estos nuevos giros ocupacionales tendrán en común el hecho de que implican la puesta en práctica en los ámbitos ciudadanos, tanto, de la red organizativa de la cuadrilla como de los capitales acumulados por estos líderes laborales, en alianza con los nuevos inmigrantes chinos venidos desde California. Ya para los primeros años del siglo XX el almacén mayorista, la bodega, la fonda, el puesto de fruta y la lavandería se convertirán en los giros ocupacionales de mayor presencia china en las ciudades de la isla.

Las lavanderías chinas en el entramado de los espacios habaneros

Dentro de este mundo laboral las lavanderías tendrán un sostenido crecimiento entre 1910-1918; 1918-1927, periodos en que se duplican constantemente en toda La Habana, según consta en la información de los excelentes directorios comerciales que la firma Schneer hizo en esos periodos. Después de 1930 se hacen más escasos e irregulares este tipo de fuentes y solo para 1954 se encuentra un Directorio comercial para La

Habana que contabiliza 130 lavanderías chinas. Un descenso que involucró la desaparición de al menos 163 respecto al año de 1927, pero que aun en medio de tal declive mantiene a los chinos como los virtuales monopolizadores de ese giro en la Habana.¹ Es que al contrario de lo que pudiera pensarse hoy, las lavanderías chinas funcionaron siempre como un negocio de servicios para la sociedad y no para la colonia china en si misma, como nos lo muestra la tabla “Evolución de la distribución espacial de las lavanderías chinas”

Evolución de la distribución espacial de las lavanderías chinas en La Habana

Municipio	1927	1954	1969
Cerro	26	15	8
Habana Vieja	81	27	21
10 de Octubre	112	45	24
Plaza	13	12	6
Marianao	38	10	14
Guanabacoa	13	-	2
Regla	9	-	1
Centro Habana	59	31	26
<i>Barrio Chino</i>	7	10	4

Fuentes: Directorio Comercial de la República de Cuba 1927. Editorial Schmeer; Directorio Comercial de La Habana, 1954. Habana Editores Expediente de la Asociación china de lavanderías. Leg 95. Exp.1120 ANC (Elaboración del autor)

La estadística anterior además de mostrarnos la evolución de la distribución espacial de las lavanderías chinas en la Habana, según la actual división administrativa municipal de la ciudad, nos permite ver los núcleos espaciales donde se concentraron las lavanderías chinas y explorar en los factores que incidieron en esta concentración.

Lo que hoy componen los municipios de 10 de Octubre, Marianao y el Cerro constituyeron hasta fines de los años 20 notables focos de fomento industrial, que generaron significativos poblamientos urbanizadores En 10 de Octubre resaltaba la barriada de Luyanó con la existencia de fundiciones, litografías, mataderos, plantas productoras de materiales de construcción, de envases, muebles, jabonarías y licorerías. En Marianao, desde fines del siglo XIX el poblado de Puentes Grandes había sido un sitio privilegiado por los inversores debido a la energía hidráulica que producía

¹ Para ver este proceso relacionado con la recreación en un nuevo contexto de los patrones de sociabilidad clásica, ver *De la memoria a la vida pública. Identidades, espacios y jerarquías de los chinos en la Habana republicana (1902-1968)* Miriam Herrera Jerez y Mario G. Castillo. Centro de investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, 2003

el curso del río Almendares, por lo que allí se ubicaron talleres productores de papel, hielo, chocolates y otras confituras. Conectado por carretera a Puentes Grandes, el oeste del Cerro fue sitio de emplazamiento de fábricas pertenecientes a la Cervecería Internacional y la Cuba Cervecería. Por su envergadura los contemporáneos los equiparaban con centrales azucareros, por sus niveles de rentabilidad y por el número tan elevado de trabajadores que empleaban.²

En una medida considerable, las concentraciones de lavanderías chinas en la ciudad coincidieron con los nodos industriales antes señalados y las nuevas barriadas obreras asociadas a estos núcleos productivos. Esta coincidencia espacial es particularmente visible en 1927, penúltimo año anterior a la devastadora crisis de 1929, pero a pesar de la decadencia productiva de tales nodos industriales en La Habana, permaneció la distribución espacial de las lavanderías chinas en la ciudad, aunque con una inevitable tendencia a la baja, producto del envejecimiento demográfico de la inmigración china en la isla.

El área que hoy contiene a los actuales municipios de Habana Vieja y Centro Habana, fue el corazón cosmopolita popular y comercial de la ciudad, un centro urbano donde convergían, en contradictorio torrente, en el Parque de la Fraternidad las sedes del poder estatal del país y las barriadas de clase baja con más personalidad sociocultural en la ciudad como Jesús María, Cayo Hueso, Los Sitios o el propio barrio chino, en colindancia con activísimas arterias comerciales como Galiano y Reina. Este complejo y dinámico ensamblamiento de clases y estratos sociales en el espacio urbano era terreno propicio también para una oferta de servicios como las lavanderías chinas, diseñadas para estratos ocupacionales y socioculturalmente abiertos a una oferta como la china.

A otra realidad social nos remiten las estadísticas referidas a las áreas urbanas enclavadas en los actuales municipios de Plaza, Guanabacoa y Regla, las dos últimas separadas del resto de la ciudad por la bahía habanera. Aquí los lavanderos chinos encontraron un formidable valladar para ofertar sus servicios. En el caso de Plaza se puede explicar por la naturaleza socio clasista de una gran barriada como El Vedado, sede de las más poderosas clases medias y medias altas de la ciudad, con una disposición de consumo probablemente más dirigida hacia las *tintorerías*. Era esta una oferta diseñada para públicos de mayor nivel adquisitivo y

² *Las industrias menores: empresarios y empresas en Cuba (1880- 1920)* María A. Marques Dolz. Editora Política, La Habana, 2002

status social, equipadas con tecnología de avanzada en su momento, en una época en que todavía las industrias no habían descubierto el universo de mercado de los electrodomésticos y la reconversión del lavado y otras actividades cotidianas en trabajo femenino domestico no remunerado. Los casos de Guanabacoa y Regla se nos presentan con una atipicidad que escapa a nuestros esquemas de análisis, pues contando con núcleos obreros y en general con estratos poblacionales humildes, multirraciales similares a los de Habana Vieja, Centro Habana y 10 de Octubre, las lavanderías chinas sin embargo tuvieron muy diferente trayectoria en su presencia, lo que podría explicarse si avanzaran en presencia y calidad las historias locales.

Los lavaderos chinos en la memoria y los imaginarios

Simultáneo a la trayectoria de la distribución espacial de los lavaderos chinos y sus establecimientos por la ciudad se puede rastrear la evolución de las representaciones sociales sobre esos actores y sus espacios en el imaginario de la sociedad cubana. En el libro *Memorias de una cubanita que nació con el siglo* de Renée Méndez Capote, ya anciana en el momento que escribe su autobiografía, recuerda de manera muy vívida y cálida a los chinos que conoció en su niñez, a inicios del siglo XX. Rememora a los verduleros ambulantes y sus cuidadas huertas en los alrededores de la ciudad, a los chinos sederos “vestidos de dril crudo, con corbata (...) uñas largas y pulidas, oliendo a perfume” (R. Méndez Capote, 1990) y con particular familiaridad nos cuenta: “teníamos un chino lavadero, partidario de los tres principios del pueblo de China, gran admirador de Sun Yat Sen y que además de su lavandería resultó que era presidente de un banco chino. Estaba en Cuba desde antes de la guerra de Independencia y sentía por mi padre y todos los mambises y ellos por él una gran devoción (...) Después de la republica de Sun se marchó para su tierra (...)” (R. Méndez Capote, 1990)

Es que a diferencia de los EE. UU., donde el antichinismo constituyó un factor de articulación del Estado, en Cuba los chinos ocuparon, luego de su destacada participación en la primera guerra por la independencia de la isla, un lugar muy especial dentro del imaginario patriótico nacional, que les valió un cálido tratamiento, no sólo a los chinos que radicaban en la isla, sino a todo lo que remitiera a la cultura material y simbólica china. Entre 1915 y 1937, aproximadamente se va producir una notable transformación de la percepción de los chinos y lo chino en Cuba, al calor de la nueva oleada migratoria que se va a radicar en la isla, particularmente en La Habana.

Esta nueva oleada china a Cuba coincidió con el auge del paradigma científico del higienismo, una perspectiva de análisis que le ofrecía nuevas

herramientas a los Estados para plantearse la administración y planificación biopolítica de las sociedades. Las nuevas percepciones que generará este enfoque se centrarán en el carácter antihigiénico de los establecimientos, la apatía respecto a las problemáticas cubanas y de manera más general, la baja calidad biosocial el aporte e los chinos la nacionalidad cubana. Más allá de si son pertinentes o no tales apreciaciones, estas marcaron un punto de inflexión en la forma en que se socializaron, desde sectores del campo intelectual y los medios oficiosos de opinión pública, visiones sobre el lugar de los chinos en la nacionalidad cubana.

En tal contexto, entre los escritores cubanos de este periodo se producirán dos obras literarias que, abordarán a los chinos lavaderos. Uno es Antonio Ortega con su cuento “El chino olvidado”³ y el otro es Jorge Mañach en su libro *Estampas de San Cristóbal de La Habana*. Ambos autores se harán eco, con registros diferentes, de las mismas animosidades y perplejidades que embargaron a la sociedad habanera de este periodo frente a los chinos y específicamente los lavaderos.

En “El chino olvidado”, Antonio, un planchador de una lavandería, en una tarde de mucho calor fue sorprendido por un policía planchando en camiseta y este lo denunció, fue detenido y conducido al Vivac del Departamento de Inmigración, para ser deportado a China: “(...)estaba condenado a ser expulsado del país pero no había fondos para reembarcarlo a Cantón, su punto de origen, y por otra parte Cantón se hallaba en poder de los japoneses, en todo el mundo ardía la guerra. El consulado de China no sabía nada de aquel sujeto, ni figuraba en sus listas...” “Su caso sólo se podía resolver con la muerte...”, como finalmente ocurre con el chino Antonio en medio de delirios afiebrados y la mayor desolación.

El texto “Los chinos” de Jorge Mañach, forma parte de una serie de crónicas cortas escritas alrededor de 1925 en torno a lugares, figuras y costumbres de La Habana de esa época. Dentro de ese paisaje social Mañach fija su mirada en los lavaderos chinos, y parafraseándolo, los juzga como seres extraños, particularmente reservados y misteriosos. Sobre ellos no sabemos casi nada, pero a ellos les confiamos a través de nuestras ropas delicadas intimidades...

Si en el texto de Jorge Mañach está recogido parte de *lo que se pensaba* sobre los chinos lavaderos, en el de Antonio Ortega está *lo que se podía hacer* con ellos, con el aire de normalidad que otorga la legislación oficial vigente en una época y, más aún, el acuerdo tácito de buena parte de la sociedad. Resulta llamativo el hecho de que lo poco que escribieron los

³ Ver: *Los mejores cuentos cubanos del siglo XX*. Imprenta Nacional de Cuba. 1961

literatos cubanos sobre los chinos en Cuba en el siglo XX esté referido explícitamente a los lavaderos y no a otro grupo socio ocupacional chino, lo que reafirma la pertinencia de la inquietante paradoja sobre la *familiar lejanía* del chino lavadero que sugiere Mañach en su texto y el lugar especial que ocuparon en el imaginario y la vida pública de La Habana.

De 1929 es un influyente texto del prestigioso director del Departamento de Sanidad Jorge Le Roy y Cassá que llevó por título *Inmigración Antisanitaria*, el cual identificaba a las lavanderías chinas como “focos de tuberculosis” y proponía un plan de saneamiento público donde podían quedar en suspenso muchísimos establecimientos chinos, incluso el barrio chino mismo. En contraste con estas posiciones oficiosas, se pueden encontrar historias de vida que evidencian un entramado de relaciones menos dicotómico y estereotipado de lo que quisieron ver los escritores e higienistas.



Una foto como la que conserva Gertrudis Gómez, una bailarina cubana del teatro chino, de cuando su época juvenil, posando en el patio de una lavandería china, frente al tambor donde se conservaban las piedras de

carbón con que se calentaban las planchas de hierro, puede mostrarnos la precariedad material y tecnológica en que se desenvolvía el trabajo y la vida de los lavaderos chinos, pero también la capacidad que desarrollaron para generar redes de sociabilidad y de confianza, más allá de los estereotipos que sobre ellos se construyeron en el período que va entre 1915 y 1937 aproximadamente.

A pesar de ser tales establecimientos espacios eminentemente masculinos, no es extraordinario encontrar en la historia de vida de jóvenes habaneras de estratos sociales muy humildes, hoy ya ancianas, remembranzas de su juventud trabajando en momentos determinados de sus vidas en lavanderías chinas. Yolanda Rodríguez La Guardia, abuela del autor de este texto recuerda con cariño el trato respetuoso y considerado que establecieron los lavaderos chinos con ella y su amiga, luego su comadre, Migdalia en el tiempo que trabajaron en la lavandería china de Estévez y Monte, en el barrio de El Pilar del Cerro, a mediados de la década del 40. Aquel establecimiento era el único de su tipo en muchas manzanas a la redonda y en determinadas épocas del año, los lavaderos chinos no daban a vasto solos para la demanda que se les presentaba, donde se podían encontrar, ropas de hombres, de mujer, de niños y ropa interior incluida. Era en esas circunstancias en que las jóvenes cubanas eran contratadas fundamentalmente en función del planchado con planchas al carbón, como lo confirma el lugar donde Gertrudis se toma la foto en la lavandería.

Juana Chiu, una de las pocas inmigrantes chinas venidas a Cuba en la década del 50 del siglo XX, hoy vecina del barrio de Coco Solo en Marianao, nos decía en una escueta conversación, con su lenguaje marcado por los giros de su indeleble cantonés “yo no conocí a ningún chino que quisiera hacer su vida en un tren de lavado antes de ponerse a trabajar ahí. El tren (de lavado) era una piedra en el camino que se le metía (a los chinos) en el zapato.” Es que las lavanderías históricamente fueron lugares nada agradables en si mismos, colmados de humedad, hacinados, envueltos en emanaciones tóxicas, donde se recibía ropa de disímiles procedencias.

La circunstancia de ser un lavadero chino

¿Que motivaciones moverían a tantos inmigrantes chinos a trabajar y mantenerse por tanto tiempo en un espacio laboral como este? En la lacónica respuesta de la china Juana hay una clave importante para responder a esta pregunta. La lavandería no era una opción ocupacional deseada por ningún chino previo al arribo a Cuba. El nivel de desintegración social en que debió sumirse China en las primeras décadas del siglo XX movió de sus lugares de orígenes, a cientos de miles de individuos, muchos de manera definitiva, que por sólo sostener una existencia mínimamente organizada, en torno a un trabajo y un lugar donde

cobijarse, con un sistema de gastos colectivos y acumular unos ahorros, con la esperanza de hacer o rehacer una familia y tener hijos, volver a China o simplemente sostener a la familia dejada en el continente, podían ser razones de peso para trabajar muchos años en estos establecimientos. La dialéctica entre las tácticas de la vida cotidiana y las estrategias de los proyectos de vida podían adquirir matices conmovedores... ⁴

Tal vez entre los atractivos más fuertes que debieron poseer las lavanderías estuvieron el hecho de ser empresas de pequeños colectivos poco jerarquizados, con pocas tensiones internas derivadas de la competencia individual, un espacio particularmente favorable para reproducir la lógica y el *tempo* comunal ancestral. Por otro lado no habría que invertir mucho capital inicial para participar en esta empresa, que implicaba un trabajo agotador, pero bastante seguro en un contexto de precarización del mercado laboral habanero entre 1930 y 1950.

Lo que desde ciertas miradas externas y occidentalistas cubanas parece ser una simple acción de *vegetar*, con toda la carga peyorativa que contiene este término en la jerga de las visiones higienistas de los Departamentos de Sanidad de la época, desde el punto de vista de los propios chinos, el trabajo en la lavandería era una posibilidad y un espacio desde donde era posible la reinención de normas de convivencia colectivas como las redes solidarias y familiares clánicas, sostén afectivo ante el desajuste existencial, a la vez que se ofrecía un servicio a la sociedad que se inserta en los puntos neurálgicos de la ciudad.

La voluntad de los lavanderos chinos por organizarse como colectivo y estar en sintonía con la dinámica de la sociedad cubana, se evidenció a inicios de septiembre de 1933, cuando crean la Asociación de Lavanderos Chinos, en un momento de extraordinario auge asociativo de un país que tan sólo un mes antes se había librado de la férrea dictadura de Gerardo Machado, el decepcionante caudillo liberal, que muchos chinos, como tantos cubanos apoyaron en su campaña presidencial de 1924. Esta asociación logró constituir su local social en la calle Dragones no. 354 y en

⁴ La época en que todavía era posible entrevistar a chinos lavanderos y de otros giros ocupacionales en La Habana tal vez haya pasado, quizás definitivamente. Cuando se podían hacer tales pesquisas no eran un asunto de interés para los investigadores sociales. A nivel de toda América sólo conocemos una indagación en torno a la vida de los lavanderos: *The chinese laundry man. A study of social isolation*. (“El lavandero chino. Estudio de un aislamiento social”), escrito en 1953 por Paul Chang Pang Siu, para su tesis de doctorado en la Escuela de Sociología de la Universidad de Chicago, a partir de sus experiencias y relaciones sociales como descendiente de chino lavandero, único texto con el cual pudimos establecer alguna relación de referencia.

el registro de asociados de 1955 contaba aún con 230 miembros, sobreviviendo hasta bien entrada la década del 60.⁵

La Habana constituyó el lugar por excelencia en Cuba para el establecimiento de las lavanderías chinas, monopolizando casi totalmente el servicio de lavado a mano en la ciudad, constituyendo el sector, junto a los puestos de frutas, donde los chinos alcanzaron mayor presencia. Desde la perspectiva comparativa con México y Perú, otros de los países latinoamericanos con gran presencia china, es más visible aun el éxito rotundo de las lavanderías chinas en La Habana, pues en los años 30 las lavanderías a mano en Lima ocupaban el sexto lugar dentro de los giros donde invertían los chinos⁶, mientras que en el norte de México, escenario de la mayor concentración de la presencia china en ese país, en el año 1931 las inversiones de chinos en lavanderías ocupaban el décimo lugar en ciudades como Mexicali, el cuarto lugar en Tijuana y el sexto lugar en Ensenada.⁷ Si en Baja California las lavanderías chinas fueron una masiva novedad en los sectores populares pero de carácter efímera, a principios de los años 20, en la capital de Cuba, por las manos chinas pasaron durante muchos años buena parte de la intimidad de los habaneros.

Los lavanderos chinos en La Habana crearon un nicho de mercado que se nutrió, por una parte, de un persistente imaginario patriótico en el que “no hubo un chino traidor, no hubo un chino desertor”, enriquecido por un prestigio moral frente a los sectores populares, que muy poco varió a pesar de los discursos higienistas en boga en la época. Por otro lado, a la luz de la comparación con México y Perú sale a relucir, la presencia de unos patrones de comportamientos privados femeninos y de unas exigencias masculinas, al parecer menos reticentes en Cuba a ofertas de servicios como las lavanderías chinas que trastocaban de alguna forma la temporalidad domestica femenina y mas aun los bordes entre lo publico y lo privado, lo cual tiene su correlato en el vanguardista movimiento feminista cubano de la primera mitad del siglo XX.

A pesar de las variaciones en la trayectoria de cómo fueron percibidos los chinos en Cuba y particularmente los lavanderos por distintos estratos de la opinión publica en La Habana, lo que está fuera de dudas es el lugar especial que disfrutaron dentro de la red de servicios y comercio urbano en

⁵ Asociación de Lavanderos Chinos. Archivo Nacional de Cuba. Registro de Asociaciones. Leg.95 Exp.1120

⁶ **Herederos del Dragón. Historia de la Comunidad china en el Perú.** Humberto Rodríguez Pastor. Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2000

⁷ La migración china en el norte de baja California 1877-1949 Rosario Cardiel Marín En: *Destino México. Un estudio de las migraciones asiáticas a México, siglos XIX y XX.* Maria E. Ota Mishima. El Colegio de México, 1997

aquellos sitios de la ciudad donde podían establecerse. Las lavanderías chinas, las tintorerías, las bodegas, las carnicerías, las ferreterías o los puestos de fruta conformaron en su conjunto una red de ofertas que reprodujo en lo más íntimo de la vida cotidiana, tanto el status neocolonial global en que se reprodujo la sociedad cubana hasta 1959, como el entramado superpuesto y conflictivo de clases sociales, razas y estilos de vida correspondientes, en lo más profundo de los barrios habaneros.